



Córdoba y su Universidad en la Tradición Espiritual Argentina (*)

POR EL

Dr. Lisardo Novillo Saravia

Interventor de la Universidad Nacional de Córdoba

No es ésta la primera vez que la Universidad de Córdoba se viste con sus mejores galas para recibir en su seno al primer magistrado de la República; pero, este acto que celebramos en vuestro honor y en el de los señores Ministros que os acompañan, tiene un valor y significado, que debo señalar: es, ante todo, adhesión a la autoridad constituida, como órgano de la soberanía de la Nación; pero, es también aplauso a la obra de recuperación nacional que el Gobierno va cumpliendo con visión realista y clara inspiración patriótica y es estímulo al esfuerzo realizador y renovador, que afirma la continuidad de nuestra tradición y la conciencia e integridad de nuestro destino.

La Revolución de Junio no es la sustitución en el Gobierno de los elementos civiles por los militares, ni es la condenación del régimen político depuesto y de los hombres que lo ejercieron; la Revolución de Junio tiene un significado más hondo y más universal, porque es el medio por el cual se opera en nuestra organización política y social, el movimiento de transformación que se realiza en el mundo entero y al que no podía sustraerse el país, so pena de quedar rezagado en el desenvolvimiento de sus instituciones y

(*) Discurso pronunciado el día 3 de julio de 1944 en el acto académico celebrado en la Biblioteca Mayor de la Universidad, en honor del Excmo. señor Presidente de la Nación, General de Brigada don Edelmiro J. Farrell.

en el ritmo con que los pueblos van marcando su paso en los caminos de la historia.

Ningún gran movimiento se ha cumplido sin desgarramientos dolorosos y sin apasionar y dividir a los hombres, llevándolos muchas veces al derramamiento de sangre, con la que se regenera el alma de los pueblos atormentados por la sensualidad, el desorden o la miseria. Frente a los que representan las nuevas ideas en marcha, rumbo al futuro próximo, hacia el cual convergen las fuerzas renovadoras, muy frecuentemente en ondas tumultuosas, están las instituciones representativas del viejo orden y los hombres moldeados en ellas, que se niegan a perderse en la sombra de las cosas que fueron.

Tal ocurre al presente con los que han vivido la vida engañadora del individualismo liberal, que si ha hecho felices a unos pocos —los que amontonaron riquezas y poderes— ha condenado a los demás a una situación de inquietud y angustia, precipitando a los pueblos en la confusión y el desorden.

Pero, si este sistema está haciendo su ciclo irreversible, no puede temerse que sobre sus escombros ensangrentados se alce amenazante el absolutismo estatal. Uno y otro —despedazados por la guerra— pasan, dejando la enseñanza definitiva de que sólo puede ser estable la organización política y social, que asegure a todos un mínimum de bienestar, como exigencia de la dignidad de la criatura humana, cuyo fin es trascendente y está por lo mismo, más allá y por encima del Estado.

La marcha de los acontecimientos ha desplazado a unos y ha puesto a todos, hombres e instituciones, bajo un nuevo ordenamiento que obliga a los pueblos a abandonar los viejos mitos, que la crisis, las revoluciones y las guerras han ido destruyendo.

Es por ello que el señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública ha dicho con verdad y con acierto: "Está en los postulados del Gobierno Revolucionario, la fidelidad y la veneración a los orígenes de la Patria, porque pocos pueblos los tienen más nobles y egregios".

Volvamos, entonces, a las fuentes madres para encontrar en ellas lo que hemos perdido a lo largo del camino, proclamando

nuestro linaje y afirmando el limpio estilo de nuestra ascendencia hispánica y católica, oscurecida por turbias corrientes que han torcido la trayectoria señalada por la tradición y la raza.

Se ha dicho con razón, que la historia no es una vitrina, a la que podamos aproximarnos por curiosidad para ver a los hombres y a los hechos en ella contenidos; ni es tampoco un museo en el cual generales embalsamados o gobernantes disecados miran impasibles y rígidos a una posteridad que sus pupilas secas no ven; no; la historia es honor, sabiduría, santidad, sacrificio, gloria, porque es reflejo de la vida y obra del espíritu. Por el arte, la ciencia, la abnegación, el heroísmo, el hombre lucha con la muerte, que es un episodio de la vida, y la vence, dejándole lo que le pertenece, el cuerpo inanimado y yerto, y llevándose el hálito de genio, de belleza, de santidad o de gloria con que el espíritu se convierte en el rey de la vida y señor de la muerte.

Así se unen y concuerdan el pasado con el presente y se ve cuánta verdad encierra el hondo concepto de que los muertos mandan; no en el sentido de que debemos vivir de espaldas al porvenir, al borde de sus tumbas esclarecidas, sino en cuanto todo lo grande, bueno y bello con que enriquecieron el patrimonio espiritual y material de que gozamos, nos obliga a unir nuestro esfuerzo, a los esfuerzos de ellos en una gloriosa comunidad de sacrificios, afanes y esperanzas; esos grandes muertos: guerreros, estadistas, poetas, pensadores, sabios, viven en la historia y deben vivir en el espíritu de las generaciones que se suceden, inspirando el amor a la Verdad, el Bien y la Belleza, que ellos cultivaron como los grandes valores que dan jerarquía y dignidad a la vida.

Esa comunidad de ideales, afanes y esperanzas es la gran fuerza que cohesionan a las generaciones en su constante devenir; y de ella, como la esencia espiritual más pura y más fuerte, surge el concepto de Patria, que al decir de Maurras, es lo que une por encima de lo que divide; de donde nace el deber de amarla en su historia, en sus tradiciones, en sus glorias, y de verla real y concreta "en el suelo sagrado donde duermen los huesos de los padres y germina la semilla de los nietos, donde descansan los hechos enca-

denados de la historia y palpitan las simientes de la civilización venidera”.

San Agustín ha dado al amor a la Patria un sentido humano y cristiano, cuando ha dicho: “Ama siempre a tus prójimos; más que a tus prójimos, a tus padres; más que a tus padres, a tu Patria; más que a tu Patria, a Dios”. En esta escala ascendente de valores, amar es servir, porque el amor lleva al servicio y aún a la abnegación y al sacrificio por lo amado. El que no ama no quiere servir; prefiere ser servido por los semejantes, sometiéndolos a su voluntad y a su interés o por el Estado, esperando de él la satisfacción de sus necesidades o el incremento de su bienestar.

El que no es capaz de amar siente, como el Satán de Milton, que es “mejor reinar en el Infierno que servir en el Paraíso”; no sabe que la vida sólo tiene sentido cuando es puesta al servicio de los semejantes, de la Patria o de Dios.

Servir es ser libre, porque la libertad, según el concepto de Goethe, es simplemente el cumplimiento del deber; y es por eso, que los congresistas de Tucumán, porque amaban a la Patria, juraron como dice el acta memorable, defender la libertad y servirla con su vida, haberes y fama.

Descendemos de un pueblo que supo servir a Dios y a la Nación, en la persona de su Rey, a quién, según Calderón de la Barca, se ha de dar todo, vida y hacienda, menos el honor. Por ser descendientes de España, nuestra gesta libertadora fué gloriosa, plétórica de heroísmo civil y militar; por la misma causa, no se encendió la hoguera de la guerra civil, alimentada por subalternas ansias materiales, sino por erradas preocupaciones políticas e institucionales; hasta en la época de Rosas, se puede ver clara e inconfundible, la progenie hispánica en el celo ardoroso con que defendió la dignidad y soberanía de la Nación. Los hombres y los hechos han demostrado que nos hemos independizado de España; pero, manteniendo viva la herencia de su estirpe y de los más nobles atributos de la raza.

Y es necesario que sea así, porque, “los pueblos, al decir de Aristóteles, son como los ríos, siempre los mismos, aunque estén renovándose constantemente”; la última ola sumerge a la anterior;

tiene un instante de gloria o de espuma hasta que a su vez es sumergida por otra u otras olas”.

Las olas del breve y accidentado río de nuestra historia, vienen del litoral o del interior. El litoral, abierto a todas las corrientes étnicas, ideológicas, religiosas, sociales, ha determinado la constitución de pueblos que poco o nada tienen del pasado y en los cuales, por la concurrencia de factores tan diversos, aún no se alcanza a percibir la resultante; y el interior, donde sin perderse el contacto con otros pueblos, están vivas las fuentes de la más auténtica tradición, que mantiene ese hilo invisible que une a los hombres de épocas distintas y hace que las sociedades sean las mismas con las cambiantes y matices que el tiempo les imprime.

Yo no soy vocero de un provincialismo que ya no existe, desvanecido ante el concepto de la nacionalidad triunfante; pero, puedo decir que si Buenos Aires, en cuyo seno hierve un cosmopolitismo de razas, idiomas, ideas, sentimientos y costumbres, es la Capital política de la República, Córdoba es la capital espiritual de los argentinos.

Conserva su pasado sin sustraerse a las exigencias del progreso en una tarea permanente de sedimentación y adaptación; pero, manteniendo siempre la esencia de su ser, como si su Universidad y las torres de sus templos, la hubieran aislado de los rumbos cardinales para que viva y se desarrolle a lo alto en una renovada elevación espiritual.

Hemos recibido de España en su función misionera y redentora, la Cruz y la Espada, símbolos perennes de libertad, orden y cultura, porque se fundan en la fe de Dios, que es eterna, y en la sangre de España, que es inmortal.

Y porque son símbolos de aquellos valores, Fray Fernando, Duarte, Paz, Vélez, el Deán Funes, García, se alzan vivientes en la perennidad del bronce y desde lo alto del pedestal de su grandeza y de su gloria, hablan el lenguaje solemne de la historia. Y más allá de nuestras plazas, por todos los rumbos del país y más allá de sus fronteras, en asambleas y congresos, en la legislación, el libro y la cátedra, los hijos de Córdoba y de su Universidad ilustre,

han llevado su nombre entre las gentes, haciéndola digna de que Lugones dijera de ella: "argentina como ninguna, corazón y cerebro en la realidad, que no en la imagen, correspóndele el supremo galardón de llamarse Córdoba de la Patria".

Esa es la obra de su Universidad, alimentada con los jugos nutricios de todo lo nuestro y que ha hecho de Córdoba, al amparo de su situación geográfica, "la encrucijada sensitiva y emocional de toda la República".

Somos un pueblo en formación, agitado por el ritmo del progreso y conmovido por la vorágine de corrientes ideológicas diversas; pero, desde los tiempos lejanos de la Colonia, a través de Trejo y Sanabria, Duarte y Quirós, el Obispo Salguero y tantos otros creadores y fundadores, hay una corriente espiritual, que le ha dado a Córdoba unidad y continuidad histórica y el señorío con que ha alcanzado preeminencia en la comunidad social y política del país.

Y porque es exacto, que Córdoba es su Universidad, como tantas veces se ha dicho, este glorioso instituto ha sido el instrumento de su cultura y con él ha de seguir elaborando su porvenir y su historia.

Se explica, entonces, la preocupación por la marcha y orientación de su Universidad y cómo la obra de reintegración de nuestro ser histórico en que está empeñado el Gobierno de la Nación, debe hacer de ella, por la aplicación de los principios filosóficos y teológicos que informan toda auténtica cultura, el centro vital de la restauración de los valores del espíritu, para que, como rectora de la actividad espiritual del país, forme esa clase superior de hombres que se distinguen por su amor a todo lo bello y verdadero, por su capacidad de actuar y por el anhelo ferviente de contribuir al bien común.

Lo reclaman y esperan la salvación, el porvenir y la grandeza de la Patria.
